

Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad *que todo tiempo pasado fué mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis: más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis, que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su patria, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor*.

Arreglo de Elijas Jiménez Rojas.

El Tratado con los Estados Unidos y algunas opiniones de Mr. Huntington Wilson

II

Mr. Olney, ilustre Secretario de Estado en la Administración del Presidente Cleveland, decía (y lo mismo, y algo más explícito y enérgico, dijo aquel Presidente):

«En realidad de verdad, los Estados Unidos se han apropiado de hecho el Estado colombiano de Panamá, alegando— y esta es la mejor justificación que las circunstancias permiten—que obraban como mandatarios de la civilización. Pero si se admite que los Estados Unidos tuvieron mandato de la civilización para secuestrar el suelo colombiano para una obra pública, debe también admitirse que han tenido mandato de la civilización para que Colombia sea debidamente indemnizada. De otra manera, la civilización parecería como una entidad tachable e inadmisibile, enteramente incapaz de comprender las más elementales reivindicaciones de la justicia, etc., etc.» (A. J. of L. pág. 421).

Agregue el señor Wilson lo que otros eminentes americanos han denunciado con indignación: la fuerza y la violencia en la sorpresa con que se atropelló a Colombia, en estado de paz absoluta y de cordiales relaciones y con violación escandalosa del Tratado de 1848; la venta de la guarnición; las tenebrosas confabulaciones de Washington, dirigidas por un judío europeo, con los traidores de Panamá; los pagos en dinero americano y, por último, la apresurada concurrencia de los seis acorazados de los Estados Unidos, y comprenderá cómo el tal «mandato de la civilización» sin un Tratado, siquiera a posteriori, que le dé alguna sombra de legalidad, es un simple refrán o apotegma enrevesado que induce al concepto, no de una civilización representada por la Comunidad

Internacional, sino de una entidad a estilo mitológico que se incauta de sus partes o se sustenta con sus propios miembros.

Si un atentado se justificara ante la moral con sólo darle el nombre de político, el asesinato del Presidente mártir, que otros con más justicia llaman santo y que las Américas han ensalzado con el título de justo, Mr. Lincoln, cuya gloria será custodiada por los siglos, habría sido un acto legítimo «por lo apropiado de las circunstancias» que tuvo para los que con aquel crimen infame se creían favorecidos.

La muerte del Duque d'Enghien dejaría de ser un asesinato para ser algún heroísmo de la violencia napoleónica.

No olvidemos, señor Wilson, que hay una ley suprema que es la base fija de la vida humana: el Derecho, que se compenetra diariamente con la moralidad. Entre la moral y la justicia hay una honda solidaridad. Roosevelt mismo, con ser él, escribía hace algunos años, antes de 1903:

.....
«Nosotros aceptamos todos estos principios en teoría; pero si en la práctica no vivimos según ellos, entonces no puede haber salvación para nosotros.
.....

Por lo tanto, aún tenemos más necesidad de acordarnos que ninguna capacidad, ningún vigor o fuerza, ninguna potencia intelectual o potencia de fortuna nos serviría, si no tenemos las raíces de la justicia viviente en nosotros, si no nos cuidamos más que de una lealtad de labios.
.....

Si alguien falta, no solamente debe tener vergüenza de sí mismo, sino también tener de algún modo conciencia de la reprobación de sus camaradas, cualquiera que sea la forma que tome su insuficiencia.
.....

Nosotros debemos exigir con más particularidad rígida rendición de cuentas, a los hombres que en la vida pública, o como editores de grandes periódicos, o como propietarios de grandes fortunas, o como paladines y moldeadores de la opinión en el púlpito, o en la tribuna, o en la barra, son culpables de hacer mal, cualquiera que sea la forma que el mal hecho pudiera tomar....»

(Discurso oficial del 20 de mayo de 1901....)

Nota de Eos: El trozo que sigue aquí, del artículo del Sr. Borda, lo saltamos, porque no es de importancia general. El autor procura refutar los cargos hechos a su patria «de pérdida inteligencia con Alemania». Lo único que diremos nosotros, sinceros amigos de Colombia, es que su causa—nuestra también—habría ganado mucho en el mundo si su Gobierno, estando en propicias condiciones para discernir la justicia, hubiera lanzado en 1914, en un arranque de hidalguía, sin cálculos medrosos

ni vacilaciones, su protesta, particularmente valiosa y simpática, contra los invasores de Bélgica que inauguraban su alevosa incursión haciendo mofa solemne de la palabra jurada.

Al trozo del Sr. Borda, preferimos la siguiente nota de «El Nuevo Tiempo», de Bogotá, diario muy conservador, cuyas columnas estamos reproduciendo en parte:

«Nuestros colaboradores tienen completa libertad para emitir sus opiniones; pero con todo respeto observamos al Sr. Dr. Borda que si con el nombre de partido clerical ha querido designar a la Unión conservadora, es desgraciadamente errónea la apreciación de que dicho partido sea enemigo de los aliados. Hay conservadores germanófilos, como casi todos los disidentes, pero eso no quiere decir que todo el partido lo sea. Respetables órganos de la Prensa de la Unión conservadora, en el país, luchan por la causa de los aliados, con desinterés absoluto; jefes eminentes del conservatismo, es más, todos sus jefes, son partidarios de los que llevan en estos momentos en retirada a las huestes del Kaiser, y hombres representativos y masas populares de la Unión conservadora sostienen la causa en que hoy está empeñado casi todo el mundo contra el militarismo. Tampoco todo el clero es germanófilo. Para nadie es un secreto a qué lado se inclina, de manera resuelta, el eminente patriota Jefe de la Iglesia en Colombia: su corazón no está con los que han destruído santuarios del culto y de la civilización ni con los que han fusilado sacerdotes, en Bélgica, ni con los que han autorizado el asesinato de millares de armenios cristianos. En cambio, los jefes del coalicionismo liberal en nuestro país son francos, decididos y entusiastas germanófilos. Pero eso no quiere decir que todos los liberales sean partidarios del Kaiser y de su aliado el Sultán de Turquía.»

Julio de 1918

Continuará

De todo

La experiencia es como la vista: a nadie le sirve la ajena. O cada uno necesita de la suya. Así se dice, y es verdad, pero solamente en parte. Hay una experiencia que ha de ser necesariamente personal; pero hay otra que debemos tomar de los demás. ¿Qué puede hacer un químico, un electricista o un mecánico sin la experiencia de los otros químicos, electricistas y mecánicos? La experiencia ajena, sumada a la propia, es la ciencia.

Estoy pensando en la discusión de méritos personales en que se han empeñado hace poco dos maestros costarricenses, uno algo mayor que yo y otro mucho menor. La experiencia universal aconseja evitar estas discusiones. La experiencia de los pedagogos va más allá: prohíbe tales discusiones, máxime si los contendientes son de tiempos distintos. En este caso, el mayor debe saber que él saldrá casi siempre perdiendo: el público, en general, se irá del lado del más joven. Los méritos puramente personales no se pueden demostrar. Peor todavía, se empañan apenas intenta uno mismo señalarlos: que es el honor como las bellas flores: no se le puede

tocar sin que se marchite. (El símil es de San Francisco de Sales, de hace más de tres siglos). En la discusión de méritos, las simpatías constituyen el gran argumento. Y las simpatías del público—cuando los actores en escena son maestros—pertenecen al de menos años. El público de los maestros lo forman los jóvenes—incluidas las mujeres de toda edad—, y los jóvenes lo más que conceden a un maestro viejo es respeto, mientras esta concesión no les cueste nada.

A una cierta edad—variable según los lugares—hay que resolverse a caminar de lado, en la enseñanza. De lado y, a veces, solo. Y resolverse alegremente, que no todo es desventaja en dicha posición.

Los niños, adelante.

* * *

—¿Qué opina usted del amor libre? ¿es inmoral?

—¿El amor sexual? Es un estado fisiológico, como el hambre. ¿Hay hambre inmoral?

En cuanto a *libre*, es éste un adjetivo que usamos corrientemente en dos sentidos opuestos. Si libre significa para usted: que no se deja mandar, que no acepta autoridades, entonces le diré que el amor es siempre libre, ... de puro esclavo que es de la carne. Si, al contrario, libre quiere decir, para usted, *sujeto ante todo a la razón*, no me negará que el amor es lo menos libre que exista.

—No, señor. Lo que pregunto es si el matrimonio de uno con una debe o no someterse a las leyes sociales, civiles o religiosas.

—La respuesta salta sola, afirmativamente, si usted admite, como lo espero, que el matrimonio no tiene por fin principal la satisfacción de las más simples necesidades sexuales, sino la formación de una familia, que es la primera y la más importante de las sociedades.

En lo tocante a matrimonios, el mal más grave, a mi juicio, consiste en no comprender que deben hacerse ante todo *por razón* y sólo adicionalmente, si posible, *por amor*.

En vez de preguntar a los novios si se quieren como esposos, convenría preguntar al varón: ¿Es ésta el tipo de madre de familia que desea Ud. para sus hijos?, y a la mujer: ¿Es éste el tipo de padre de familia que quiere usted para sus hijos?

* * *

Anarquía no equivale exactamente a desorden; significa más bien: *disolución*, en el sentido que dan los físicos a esta palabra: la anarquía ideal es un estado gaseoso. El anarquista no admite el gobierno propiamente dicho de ninguno de sus pañes sociales. En lo religioso, el anarquista se llama *místico*. La anarquía es una exageración del individualismo. Es un sintoma de *hipertrofia del yo*.

El socialismo es justamente el extremo opuesto: multiplica los gobiernos y empequeñece a los individuos. La iglesia romana y la iglesia luterana son más que todo socialistas: cuanto conservan del cristianismo primitivo es cuanto tienen de individualistas; lo menos, pero lo mejor.

El socialismo es un sintoma de *atrofia del yo*.

Ahora respondo a otra pregunta:

Si usted no me permite que guarde mi *tamaño natural*, el que me pondría en mejor relación con el resto del mundo y me haría por consiguiente más feliz ---, relación de solidaridad sin atrofia del individuo ---; si usted me obliga a escoger entre dos males, oiga bien, llámeme anarquista y hasta místico ---, a mí no me asusta un adjetivo ---, no me llame socialista, que yo prefiero la hipertrofia.

* * *

En el lugar mismo donde se levanta hoy en San José la Capilla del Seminario, había, hace más de 30 años, una destartalada venta de frutas, de las primicias pagadas al Cura vecino. La dueña era una buena persona,

soltera, entrada en años y muy de la casa de Dios. Cerca de la puerta estaba la mesa con las frutas; detrás había una banca dura y lucia, en que aprendían a leer y rezar y comerciar algunos niños del barrio, machos y hembras, según el modo primitivo de co-instrucción y co-educación. Sentado en esa banca, una tarde, siendo ya alumno del Instituto Universitario—vecino de la venta y de muy mala fama en las sacristías—, recibí de la maestra frutera la siguiente explicación de por qué eran los alumnos más descreídos del colegio precisamente los más formales y aplicados: «Es que el incrédulo está condenado, me dijo, y al condenado no necesita tentarlo el Diablo»... Así hacía ella justicia al único grupo de muchachos que no le habían quitado una fruta ni la habían molestado nunca con bromas pesadas.

Años después, en Francia, chanceando con una pianista que se había propuesto convertirme, como le señalara yo el caso de tantos hombres virtuosos y sin creencias—sin creencias católico-romanas, se entiende—, oí algo muy semejante a lo de la maestra costarricense, pero con este curioso aditamento: «A la sociedad en conjunto le conviene, pues, terrenalmente, que sus miembros estén condenados de antemano, porque no hay bondad más segura que la bondad por falta de tentación; pero, a cada uno de estos miembros, por separado, no le conviene la eternidad de llamas que le aguarda».

Pues bien—y aquí quería llegar—estas sencilleces me parecen ahora más en su puesto que la sentencia de don Mariano Ospina (V. Eos, n° 95) relativa a cierto tipo de ateo-materialista, «para quien la justicia es palabra sin sentido» y que conserva, no obstante, su *dignidad*, porque, «educado en los principios de la fe, adquirió hábitos que han sobrevivido en él a las ideas que los engendraron».

Adviértase de paso que don Mariano Ospina no revela haber sabido: que hay arrodillados ante los altares de sus templos millares de verdaderos ateos materialistas; que hay materialistas que no son ateos y que hablan del hombre como del rosal, suponiéndolos creados y gobernados, el uno y el otro, por un Dios que no es hombre ni rosal; que hay materialistas que no son ateos ni teístas, llamados materialistas porque no afirman nada que no se pueda demostrar experimental o lógicamente; que hay espiritualistas—justamente los más puros, los logarquistas—que son ateos francos; y, por último, que hay un grupo enorme de espiritualistas—los panteístas—que son ateos sin confesarlo, puesto que, para ellos, Dios es todo y todo es Dios.

Pero esto no viene al caso. Lo que yo preguntaría a un Ospina es: primeramente, cómo explica él la dignidad en los que no han sido educados nunca en los principios de su fe; y, luego, cómo puede conciliar la idea del libre albedrío y de la consiguiente responsabilidad, con la idea de un determinismo espiritual—dos palabras que riñen juntas—que hace a un individuo proceder, en las cosas más nobles y difíciles, automáticamente, en virtud de hábitos adquiridos en la infancia.

Señor, si hábitos adquiridos en la infancia bastan a hacer de un hombre un santo durante el resto de su vida, en contra de sus principios religiosos *actuales*, demos buenos hábitos a los niños y no nos inquietemos por otra cosa.

Cabe mejor dentro del catolicismo aquello de la bondad por falta de tentación que esto de la dignidad mecánica e irreflexiva en un hombre que por lo demás se muestra inteligente, reflexivo y virtuoso a toda prueba.

Que hay dentro del mismo catolicismo otros modos de ver, liberales y serios, bien lo sé: testigos el eminente jesuita Castelein y el admirable cardenal Mercier. De ellos hablaré tal vez en otra ocasión para probar que la moral—regla de conducta—puede establecerse, como la buena filosofía, por el método de las ciencias positivas, y esto sin herir creencias o sentimientos religiosos.

Por hoy lo que deseaba hacer notar, a propósito de don Mariano, es cuán raramente corresponde bien el contenido de un hombre al rótulo que se ha puesto encima.

¡Qué bien me siento fuera de todas las manadas!

* * *

En resumidas cuentas, el nombre de esta revista ha resultado irónico, por muchas razones. Entre ellas, por lo *tarde* que sale, relativamente a la fecha en que enviamos a la imprenta el original. Pero esta culpa no es del Director.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

1.º de Diciembre de 1918.

La filosofía no es más que la idea de una ciencia posible... No se puede aprender, porque ¿dónde está esta ciencia? ¿quién la posee? ¿qué señales servirán para conocerla? Lo que se puede, únicamente, es aprender a filosofar, es decir a ejercer el talento de la razón, buscando los principios generales dominantes de ciertas cuestiones, pero reservándose siempre el derecho de examinar su origen y de confirmarlos o rechazarlos.

KANT

(Traducido del francés).

* * *

... Después de haber visto, por someramente que sea, esta lucha entre sistemas que van unos contra otros, chocando todos contra dificultades que no logran vencer y suscitando siempre nuevos sistemas, no puede uno menos de concluir así: el establecimiento de una moral teórica es cosa muy difícil y muy aleatoria.

Ahora bien, la sociedad y el individuo necesitan reglas positivas que no estén continuamente a merced de la crítica y que no se apoyen en una solución que se aleja siempre a medida que uno cree alcanzarla.

ABEL REY

París, 1908.

* * *

El espíritu de todo hombre naturalmente independiente de cualquier autoridad humana, no obedece nunca sino a sí mismo, aun cuando parece recibir de otro su dirección. Sea Bacon o Descartes, Leibnitz o Locke, quien venga a proponerme sus opiniones, no aceptaré más que *lo que comprendo o creo comprender*. No puedo siquiera adherir

a sus pensamientos sino en cuanto los encuentro en mi espíritu, o, mejor dicho, en cuanto son mis propios pensamientos; como no puedo obedecer a otro hombre, ni a Dios mismo, sino en la medida misma en que me hace *querer* por mí mismo.

BONALD

1754-1840.—Defensor de la Iglesia Católica.—Trad. E. J. R.

Respetar en cada hombre la dignidad humana, es respetar la vida.

La vida vale mucho, debemos amarla; pero sólo con la condición de que todos sus días sean a modo de una escala para ascender a la perfección moral, a la perfección intelectual y a la física.

Todo consejo contra el decoro, la dignidad, la honradez, es principio de desequilibrio social. La sociedad no marcha ni por la codicia, ni por la lujuria, ni por la ambición. Ninguna mala pasión en germen, o desarrollada o dirigida, como han dicho, puede ser cimiento del bien y de la armonía social. Hay que crear buenos sentimientos en el corazón humano, hay que estimular la piedad, el desprendimiento de la persona, el amor al trabajo, la liberalidad, el pudor, la probidad, el sufrimiento por el dolor ajeno y el movimiento que impulsa a socorrer al desvalido, sea quien fuere.

La vida nos pone en presencia de lo grande, el cielo, los astros, el mar, los montes, los héroes... el amor inefable, creador y conservador.

Ninguna catástrofe debe hacernos pensar que la justicia y la ciencia fracasan, sino que ésta es muy poco aún, y aquélla está por aposentarse en el corazón humano.

Sean las desventuras y los trastornos espantosos acicate (aunque doloroso) para trabajar en pro de la justicia y la ciencia, con más ardor.

ARADOR

LA NOVELA LITERARIA

El eminente novelista Blasco Ibáñez, que se halla en relación de compañerismo y amistad con los novelistas de todos los países, ha pedido su ayuda para publicar LA NOVELA LITERARIA, amplia y selecta colección que reunirá la variedad infinita que ha alcanzado la novela en los pueblos modernos. Todos los escritores requeridos por el señor Blasco Ibáñez para esta positiva obra de difusión literaria han prometido su apoyo con verdadero entusiasmo, y resultado de esta inteligencia internacional entre novelistas ilustres es LA NOVELA LITERARIA, en cuyo catálogo, de constante renovación y encauchamiento, aparecerán los maestros venerables, cargados de libros famosos y de gloria, confundidos con los jóvenes que empiezan a ser célebres. Todos los autores, por opuestos y contradictorios que parezcan, tradicionalistas y revolucionarios, idealistas y realistas, así como todos los géneros de novela, figurarán en esta biblioteca formada sin prejuicios, atendiendo exclusivamente al mérito artístico de las obras.

En la primera lista de novelas adquiridas para su inmediata publicación figuran de Paul Adam, Barrés, Barbusse, Bertrand, Bojer, Bourges, Bourget, Boylesve, Daireaux, Duvernois, France, Frapié, Frappa, Gourmont, Hardy, Harry, Huysmans, Hermant, Hervieu, Jaloux, Kipling, Lavedan, Louys, Marguerite, Miomandre, Montfort, Reboux, Regnier, Richepin, Rosny, Sinclair, Tinayre, Twain y otros muchos, a los que se sumarán todos los novelistas célebres del mundo.

Las novelas extranjeras que aparezcan en esta colección serán traducidas por escritores profesionales con el mismo cuidado que pueden dedicar a sus obras propias.

Blasco Ibáñez, además de dirigir personalmente esta publicación, eligiendo las novelas y examinando las traducciones, escribirá para cada volumen un extenso prefacio, estudio biográfico y crítico del autor de la obra, de sus tendencias, etc., uniéndose al interés literario y a la novedad de estos amplios estudios de crítica hechos por el gran novelista español, el interés anecdótico, pues Blasco Ibáñez, amigo personal de la mayor parte de los autores, los describe física y moralmente como podría describir a un personaje novelesco.

Todos los meses aparecerán, editados por la Casa PROMETEO, de Valencia, dos volúmenes de LA NOVELA LITERARIA, de elegante impresión y más de 300 páginas en magnífico papel; llevarán el retrato del autor en la cubierta y otro retrato con un autógrafo de cada novelista delante del estudio escrito por Blasco Ibáñez. Precio del tomo, 3 pesetas en rústica, y 50 céntimos más encuadernado a la inglesa. Podrán adquirirse en todas las librerías y en la Editorial PROMETEO, de Valencia.

NÉMESIS, por PAUL BOURGET, de la Real Academia Francesa. «Casa Editorial Prometeo», Valencia (España), 1918.

Traducción de G. Gómez de la Mata.—Prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Esta es la última obra del ilustre novelista francés. Su acción se desarrolla en París y en la hermosa campiña de la Toscana, en un ambiente de arte, de riqueza y de elegancia, turbado al final por la influencia de la fatalidad.

Es la primera obra de *La Novela Literaria*. Precio: € 4.00.

De venta en la Librería Falcó y Borrásé.

RICARDO FALCO

LIBRERIA FALCO Y BORRASÉ CUENTOS PARA NIÑOS

La torre negra : El niño robado : El doctor Langevo : El cazador furtivo : El caballero de Lys : El tesoro : La rosa de los vientos : Un sueño de cien años : El caballero del cisne : Un visitante misterioso : El compadre de la muerte : La virgen de los espinos : El triunfo del Ave María.

Cada tomo empastado € 0.50.

LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Selectos artículos de literatura. Director: Vicente Medina. Dirección: Presidente Roca, 1249, Rosario de Santa Fe (Rep. Arg.) Precio: 20 céntimos ejemplar: Falcó y Borrásé, agentes en Costa Rica.

HEBE

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y ARTES

DIRECTORES

ERNESTO MORALES y D. NOVILLO QUIRONA

Publica 64 páginas de selecta lectura. Impresa en magnífico papel. Preciosas ilustraciones. Dirección: Estados Unidos, 1824, Buenos Aires. Precio del ejemplar: 60 céntimos. Falcó y Borrásé, agentes en San José, Costa Rica.

NUESTRA AMERICA

REVISTA MENSUAL DE CULTURA AMERICANA

La dirige E. Stefanini. Colaboración escogida. 64 páginas de lectura. Impresa en buen papel. Dirección: Caracas, 440, Buenos Aires. Precio del ejemplar: 60 céntimos. Falcó y Borrásé, agentes en San José, Costa Rica.

NUESTRO DEPOSITO de las publicaciones «Eos», «Lecturas», «Renovación» y «Ediciones Minúsculas», está en la Librería Tormo, al lado de La Magnolia, Av. Central.

Nuestro agente general en Puntarenas, es don Francisco L. Enriquez, quien atenderá las suscripciones a EOS, LECTURAS y RENOVACIÓN.

Lea Ud. **RENOVACION**

56
691c
C.R.

EOS



Tomo VII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 98-99

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

El pecado original de nuestra enseñanza

(ABREVIADO)

«El día en que el Estado monopolice la enseñanza profesional y la expedición de sus títulos, será de duelo para la cultura nacional.»

HORACIO MANN

El momento educacional actual está caracterizado más por el desasosiego y la vaga intuición de un posible estado mejor, que por aspiraciones concretas y definidas. Los espíritus libres y modernos se sienten sofocados en el ambiente actual; pero es menester confesar que la mayoría de ellos no aciertan a explicar de donde vendrá el remedio de los males que denuncian.

Mi opinión más arraigada es que el mal de nuestra educación está más hondo de lo que se cree, y que para extirparlo sería menester conmover esos mismos fundamentos cuyo trazado parece a la generalidad responder a una concepción lógica y exacta del problema de la educación pública.

Permítaseme, para dar mayor claridad a mi exposición, preceder esta última por algunas consideraciones que pongan al descubierto la deficiencia universitaria con respecto a los ideales culturales del momento.

El recóndito sentimiento de placer y de orgullo con que el viejo maestro presiente los futuros triunfos de su pupilo, en cuya mente aquél ha puesto algo de la suya;— algo que resucitará, que volverá a actuar con vitalidad

aumentada,—proporciona una imagen de lo que debiera ser el espíritu que animase a cada generación al educar a la que le sigue: un espíritu dispuesto a la indefinida mejora de las ideas dentro de las cuales aquella se ha movido.

Este anhelo educacional es, por otra parte, perfectamente consistente con las tendencias filosóficas del día. Despojado el espíritu humano del lastre de conceptos preestablecidos sobre el universo y el destino del hombre, éste pone mayor resignación en abandonarse a las corrientes que mueven y trabajan la especie. No le preocupa descubrir adónde vamos, pero quiere que la inmediata impulsión dada al progreso por la generación que nos siga, no lleve la traza de dogmas y prejuicios impuestos por la presente.

El educador-filósofo quiere que el niño, libre de la presión de convenciones intelectuales, labre el destino del hombre futuro; en consecuencia, la escuela ideal sería aquella forma de vida comunal en la que todas las influencias sociales se concentraran para hacer posible la participación del niño en el capital heredado de las pasadas generaciones, pero utilizando sus propias capacidades en un ambiente de libertad y de espontaneidad que permitiera el aporte de su contribución original.

Un sistema orgánico de educación sería aquel en que las sucesivas etapas fueran cada vez más elásticas, más móviles, más propicias al cambio, para que en ellas se pudiera continuar el proceso complejo elaborado en la etapa precedente. El ser vivo nos da el modelo de tal crecimiento, pues en él los estadios sucesivos del funcionamiento se adaptan automáticamente a las condiciones que encuentran formadas. El proceso biológico por el cual una misma larva de abeja puede producir, sea una obrera o una reina,—en este caso provista de órganos e instintos diferentes,—muestra la infinita potencialidad de la célula viva y la rica oportunidad que un cerebro en crecimiento ofrece al educador.

*

La universidad, no la escuela, fué la primera institución que encarnó un ideal educacional susceptible de organización. Sin duda debemos agradecer a la universidad el haber dado a la educación un valor visible y concreto; pero el mismo brillo que sus actividades adquirieron, el aparato con que se revistieron sus actos externos, el prestigio social que irradiaba en sus doctores y graduados, cristalizó prematuramente el concepto de la educación. La educación universitaria fué la educación por excelencia; y esa interpretación contaminó las instituciones que sucesivamente fueron constituyéndose como antecámaras de la universidad. Estas antecámaras fueron el colegio primero y la escuela después, instituciones que no fueron, que no podían ser otra cosa que peldaños para llegar a la meta ansiada. La finalidad universitaria, los métodos, los criterios de suficiencia, fueron necesariamente fines, métodos y criterios de toda educación.

Y esta finalidad universitaria, ¿cuál es? La de impartir una instrucción específica, limitada a la preparación de unas cuantas carreras profesionales. Es curioso que en medio del colosal despertar de las ciencias, del desdoblamiento y multiplicación de los intereses intelectuales, de la división del trabajo especulativo y de investigación, la universidad de hoy continúe siendo en muchos países la universidad de ayer, una escuela de artes y oficios, en suma; altas artes y nobles oficios, sin duda, como son los del médico, del abogado, del ingeniero, del profesor, pero que por su finalidad utilitaria rebajan la dignidad de la educación y estorban u oscurecen el reconocimiento por el cual es posible realizar el perfeccionamiento psíquico y social a que hemos aludido al comenzar este trabajo (1).

(1) Las más famosas universidades no responden ya—desde hace muchos años—al tipo que aquí se presenta. El *Colegio de Francia*, el *Museo de Historia Natural*, el *Conservatorio de Artes y Oficios* de París, para no hablar sino de lo que conozco, son institutos de alta enseñanza universitaria que no imparten instrucción profesional de ninguna clase: no existen en ellos ni matrículas ni exámenes ni títulos, ni siquiera programas oficiales. Pero, hay que decirlo inmediatamente, sus aulas y laboratorios parecen desiertos cuando se les compara con los de los institutos profesionales propiamente dichos: *Escuela de Medicina*, *Escuela de Derecho*, *Escuela*

Sucesivamente se han libertado las instituciones de enseñanza de su rol servil meramente preparatorio. Fué un gran día cuando se proclamó que la escuela primaria debía impartir una educación general; fué otro gran día aquel en que se adjudicó a la instrucción secundaria un rol de educación general, en contraposición a la función tradicional de mera preparación para la universidad. Falta ahora extender ese concepto ennoblecido de la educación una etapa más, y considerar que la universidad misma no es necesariamente un instituto *preparatorio*, esto es, preparatorio de cierta profesión específica, sino un centro de actividad cultural ilimitada, que consagre el criterio moderno que hace de la educación un ejercicio social más alto que el que consiste en la mera comunicación de ciertos conocimientos particulares.

Lo singular es que mientras la universidad no adopte esta orientación más libre y amplia, ninguna de las instituciones que la preceden, esto es, el colegio secundario y la escuela primaria, podrán ejercitar libremente la que el consenso universal les ha señalado. Y esto ocurre porque teniendo la universidad un carácter puramente profesional, sus procedimientos se hacen restrictivos, en vez de estimulativos, como correspondería a una casa de educación. Y no puede ocurrir de otro modo, porque es la universidad, es el Estado quien adquiere la responsabilidad de garantizar la competencia de los poseedores de los títulos que ella otorga; títulos que son en sí una como prebenda, que desde luego habilita para ocupar los nume-

Superior de Farmacia, etc., etc. El mal, la raíz del mal, no está, pues, en las universidades.

¿Habré de repetir en este pie de página mi viejo estribillo? Mientras la Universidad no constituya dentro del Estado un sistema orgánico distinto, solidario de los otros sistemas, pero *no subordinado* a ninguno de ellos, y mientras existan títulos o diplomas para restringir la libertad profesional, serán paños tibios todos nuestros intentos de remedio o de combate frente al pecado capital de la enseñanza, en la República Argentina o en Costa Rica.

Solamente un diploma es indispensable para un profesional, médico o albañil: el de HONRADEZ. Y este diploma, no lo sabe todavía conferir ninguna Universidad.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

rosos puestos públicos de la administración para cuyo desempeño se requiere una preparación profesional.

«Cultura», pues, se convierte así en sinónimo de carrera profesional; y no habiendo en las etapas superiores de estudio oportunidades culturales fuera de las que las facultades profesionales brindan, de hecho el colegio secundario no tiene atractivos sino para el que aspira a seguir esas carreras. En esta situación el colegio siente de reflejo la responsabilidad a que acabamos de referirnos con respecto a las universidades; y en consecuencia el colegio también instituye métodos restrictivos a que sólo se someten los candidatos a estudios superiores profesionales, quienes consideran que los privilegios futuros serán una compensación a los sinsabores pasados en las aulas.

Convertida, así, de hecho la enseñanza secundaria en un anticipo de la preparación profesional, sus métodos contagian la escuela primaria, que debe proporcionarle un material humano preparado a su vez. En las modestas aulas escucha ya el niño el *leit motiv*, cuyas notas van a serle cada vez más familiares en su marcha a través del colegio y de la universidad, en un crescendo que asumirá la fuerza plena de la apoteosis en el instante de la colación de grados.

*

El buen sentido del pueblo adivina pronto que la escuela primaria no es sino la entrada disimulada de la universidad; así es que adquiridos los menguadísimos conocimientos de real aplicación en la vida, y que se han absorbido sobradamente en cuatro años de permanencia, el alumno deserta la escuela en masas enormes. En masas tan enormes, que si no viviéramos satisfechos con el régimen actual, encontrando natural el hecho de que la educación sea un proceso selectivo más bien inclusivo, hace mucho hubiéramos alterado radicalmente nuestros planes de enseñanza persiguiendo decididamente el fin que debería tener todo sistema de educación pública: lograr que la mayor parte de los que llaman a las puertas de los esta-

blecimientos de enseñanza permanezca en ellos el mayor tiempo posible.

Alrededor de 200.000 niños ingresan cada año al primer grado en las escuelas primarias de nuestro país; pero de ellos se desgranán más de 130.000 antes del cuarto grado. Anualmente solicitan la entrada a los colegios nacionales de la república, públicos y privados, unos 100.000 niños, de los cuales tan sólo 2.000 terminan sus estudios. Casi todos ingresan a las universidades. De modo que en gran parte el inmenso mecanismo se mueve para producir el uno por ciento de su trabajo útil; pero de este uno por ciento apenas una cuarta parte recibe sus títulos universitarios.

SI LA EDUCACIÓN FUERA INCUMBENCIA DEL INDIVIDUO Y NO DEL ESTADO

Yo comprendo que al hacer la crítica de nuestros sistemas educacionales, asumo la responsabilidad de dar a esa crítica un significado constructivo; que debo hacer tangibles estos errores por la presentación del cuadro opuesto, en el cual no han de aparecer, por de contado, los inconvenientes analizados.

Antes de entrar al terreno de las demostraciones tangibles penetremos un momento en el de las suposiciones. Imaginemos un país en el cual el Estado parangone sus deberes respecto de la educación, con sus deberes respecto del saneamiento; y en efecto, la educación es una especie de saneamiento moral. En tal país la asistencia a la escuela no sólo sería obligatoria y gratuita, sino que la marcha del alumno, no sería restringida por disposiciones que la dieran el carácter de privilegio que hoy tiene. El Estado tendría interés en educar al mayor número. Por consiguiente : daptaría sus planes a las necesidades de los niños, y estudiaría los medios de contener su desertión. Actualmente no lo hace, porque siendo la escuela, el colegio y la universidad distintas etapas de un mismo camino, toda tolerancia en las promociones se traduciría en un abarrotamiento de las universidades.

En un sistema como el que describimos, la escuela no prepararía para el colegio ni éste para la universidad, ni, finalmente, esta última exclusivamente para las carreras. Las tres serían casas de estudio, cuyas enseñanzas estarían adaptadas a las edades y necesidades de los alumnos que las concurrieran. La correlación entre un instituto y el que le siguiera, verbi gracia, entre la escuela y el colegio o entre éste y la universidad, no sería hecha considerando cada instituto como unidad completa, sino que en este caso la unidad sería la asignatura aislada o el grupo de asignaturas afines. Así como en un mapa se ve a un río o grupo de ríos atravesar los límites internacionales abandonando el territorio de un país para penetrar en el vecino, así también el estudiante que mostrara especial predilección por las ciencias naturales, verbi gracia, podría abandonar la escuela y penetrar en el colegio y luego en la universidad, embarcado, diremos así, en la corriente de sus estudios favoritos. Quedaría al arbitrio de estos institutos el obligar a los estudiantes a progresar simultáneamente en varios cursos a la vez, en este caso a botánica y la zoología y tal vez la geografía física.

Pero no nos preocupen las reglamentaciones y los planes. El principal cuidado del Estado en punto de planes debe ser el no imponer ninguno, ofreciendo, en cambio, la oportunidad de que cada individuo formule el suyo, dictado por sus propias conveniencias. No haya temor de que el individuo use de esa libertad en detrimento de su interés, que tal sería descuidar estudios que le fueran necesarios. Ved lo que ocurre con el sastre, con el relojero, con el pintor, con el mueblero: todos ellos trazan el plan de las actividades que les permitan ir enriqueciendo su experiencia; tal de ellos se siente flojo en determinadas actitudes y busca reforzarlas buscando un taller apropiado; tal otro, con ambiciones mayores, quiere dominar todos los secretos de su arte para establecerse por su cuenta. La patente de idoneidad es asunto que debe quedar librado a la gran ley de la oferta y de la demanda. Cuando necesitáis buen sastre, un car-

pintero inteligente, un joyero honrado, un pintor de gusto, los buscáis por intermedio de quienes tienen razones para conocer la idoneidad de esos artesanos. Introducid el título oficial, la garantía del Estado en el campo de los oficios, y todo este sano movimiento cesará como por encanto; al normal deseo de saber, sucederá el ansia perniciosa de llegar, de alcanzar el título, la prebenda; al sincero propósito de seguir un plan propio, substituirá la tentación de reducir el tiempo impuesto por el plan oficial, cuya utilidad procede, no de las aptitudes reales que comunica, sino de la idoneidad que a libro cerrado consagra.

Por eso pudo decir Horacio Mann que el día en que el Estado monopolizara la enseñanza profesional y la expedición de sus títulos, ese día sería de duelo para la cultura. Este sentir, que es el general en la gran democracia americana, ha hecho a ese pueblo resistir toda tendencia a mezclar al gobierno nacional en la administración de sus universidades; y aunque hay en ese país universidades de provincia, ellas son por lo general institutos realmente autónomos y no pueden compararse en número o poder, con las universidades libres de Harvard, Columbia, Yale Cornell y centenares de otras más, con las cuales, por otra parte, se hallan en franca y democrática competencia.

Como se sabe, los Estados Unidos tienen alrededor de seiscientas universidades, en cuyo funcionamiento ningún gobierno se entromete. Son absolutamente libres de graduar un médico en dos años o un ingeniero en tres meses. Pero por esta misma razón, nadie se engaña en ese país respecto del valor intrínseco de un título universitario. Y no reflejando la mera posesión de un título ventaja alguna, claro es que nadie prefiere el signo a la cosa, es decir, la competencia real, a la experiencia profesional. Es la reputación lo que hace al médico y al ingeniero, como hace al sastre y al pintor.

¡Y cuán difícil es el cambio en esta hora de crisis! El proceso que ha llevado a las universidades argentinas a lo que hoy son, se precipita; lejos de buscar la autonomía de esos organismos, el pueblo todo parece clamar por una acción mayor del Estado, por su ingerencia directa, tan llena de futuros peligros. Se pide al congreso una ley—con un articulado copioso en que todo hubiera sido previsto—cuando la única ley benéfica sería la que cortara toda relación de dependencia entre las universidades y el Gobierno, salvo la garantía de un subsidio a que tendría derecho toda universidad, existente o a crearse, de acuerdo con cierto cómputo de los alumnos matriculados (1).

Aceptemos en buena hora que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes. Pero no deleguemos en ellos las direcciones supremas de la cultura, asunto que casi como la religión o la moral, es de resorte del individuo. Un Estado que se arroga la dirección de la cultura, que la «hace», que le da determinado color por los alicientes artificiales con que in-

(1) En las pocas universidades que en Estados Unidos pueden llamarse oficiales, por depender del gobierno de los estados, la autonomía es casi absoluta. El consejo superior es nombrado por el pueblo en elección directa, o por el gobernador del estado, o por éste y el pueblo o por los ex alumnos de la universidad. Figuran también, a veces, miembros *ex-officio*. Pero los peligros que la intervención del jefe del ejecutivo pudiera entrañar, se conjuran por el hecho de que ese consejo superior es absolutamente autónomo en el nombramiento del Rector, el cual es a su vez quien propone a dicho cuerpo el nombramiento de los profesores y demás empleados, nombramientos en que no interviene para nada el gobierno del estado.

En cuanto al subsidio, que pudiera ser fuente de extorsiones o compromisos políticos, obsérvese que consiste en tierras públicas, que fueron cedidas por los gobiernos provinciales (de Estado) y por el de la nación cuando dichas universidades se fundaron. Como esa riqueza es hoy por lo general insuficiente, el subsidio se complementa, sea con una fracción, especificada por ley, del producto total del impuesto a los bienes raíces del Estado (con lo cual se procura que la importancia de los recursos universitarios armonice con la prosperidad del estado reflejada en el alza de los valores territoriales), sea con una partida de los presupuestos, partida global cuyo mínimo ha sido especificado por ley y que por lo tanto no puede disminuirse, pero sí aumentar a medida que crecen las necesidades de la institución.

viste cierto grupo de actividades, puede hacer cosas tan nefastas como el Estado que se arroga la dirección de las conciencias e impone un culto con prescindencia de otros. La cultura floreció siempre que estuvo en las manos del pueblo, y testigo de ello son las grandes universidades de Italia, Francia y España, antes de que el Estado las redujera a meros rodajes de la administración. Y al contrario, las universidades son fuertes en países como los anglo-sajones y hasta cierto punto los teutónicos, donde rige el principio de una desvinculación más o menos absoluta con relación al Estado.

Lo que se busca con la docencia libre sólo se obtendrá con la universidad libre, con el juego de la concurrencia, que es la gran ley del progreso social. ¿Qué democracia es ésta en que el pueblo no tiene el derecho de darse su propia cultura, de ratificarla y consagrarla en sus costumbres, sino que tal cultura ha de tener el sello del Estado? ¿Ni qué cultura acabará por ser ésta, una vez perdido todo su contenido y convertida en signo vacío? ¿Cómo habremos de dignificar otras formas de cultura, si ellas se hallan fuera del cuadro de honor de las actividades en que el Estado mismo toma una parte tan activa? ¿Quién pensará en interesarse por el estudio meramente cultural, si ese estudio no ha de incorporar a los que le siguen, al estado mayor de los intelectuales ungidos por la Nación? Y por otra parte, ¿qué interés puede tener el Estado en poner su sello sobre diplomas que no incorporan a sus tenedores a una función cuasi pública, como es la del médico, del abogado o del ingeniero?

De modo, pues, que, como he procurado mostrar, la intervención del Estado forzosamente profesionaliza la enseñanza universitaria, y ésta contagia las demás ramas de la educación, manteniéndolas inmovilizadas, incapacitadas para ponerse al servicio de los verdaderos ideales de la educación, los cuales siempre pugnarán contra toda interpretación política de la enseñanza, pues tienen su principio y fin en el hombre mismo, en el individuo y no

en la entidad convencional y vacía de la profesión.

El excesivo apego que sienten nuestros jóvenes por el título profesional, no es un fenómeno normal, porque la intervención del Estado introduce en el proceso atractivos extraños a las profesiones mismas, y por tanto artificiales. Ese excesivo apego es, en efecto, la consecuencia de dos factores importantes: el monopolio que de los estudios superiores han hecho los institutos profesionales de educación, y el criterio competitivo y eliminativo que es propio de una institución de plan fijo y cuyos diplomas importan una consagración oficial que pone a sus poseedores en situación de aspirar a ciertas posiciones rentadas. El monopolio que ejercen los departamentos profesionales de la universidad hace que todo aquel que aspira a distinguirse por su cultura, necesariamente escoja una de las tres o cuatro vías abiertas ante sí sin consultar acaso su verdadera vocación. El factor competitivo, por otra parte, ha acabado por dar un valor extrínseco exagerado al ejercicio de las profesiones en cuya preparación la universidad interviene.

Así, parece que la juventud universitaria debería poner «la puntería más alto» en la campaña que hoy solicita su actividad reformadora. Deseche concepciones ilusorias que, de realizarse, apenas modificarán la superficie de las cosas sin curar los males internos. Más digno de ella es descubrir los gérmenes de una nueva vida en el seno profundo a donde no llega la mirada de los que se han habituado al espectáculo institucional en sus formas tradicionales. Levante la bandera de la autonomía; ese principio fecundo empalmará su acción con otras reivindicaciones que nuestra democracia aguarda todavía; porque de la autonomía, ya se trate de instituciones, de individuos, de comunas, de Estados, depende en gran parte la suerte futura de nuestra república.

ERNESTO NELSON

De *Nosotros* de Buenos Aires, n° 113.

Sarmiento

Admírase hoy a Sarmiento más como escritor que como hombre de Estado. Hay cierta razón para ello. En efecto, como hombre de Estado, su obra, aunque grande y duradera, fué medianamente original, o solamente lo fué con relación al medio; no es tan asequible, por cierto, innovar en materia de gobierno como en materia de letras. Cuando era ministro plenipotenciario en Norte América, es decir, en una nación que se hallaba casi un siglo adelante de la nuestra, aprendió allí muchas cosas útiles y entonces casi completamente ignoradas en la República. Llamado de aquella plenipotencia a ocupar inmediatamente la primera magistratura de la nación, natural es que viniese lleno de formidables proyectos y deseoso de implantar reformas capitales. En tal sentido su mérito de estadista estriba, más que en haber inventado sus iniciativas, en haberlas sabido llevar a la práctica con espíritu claro y mano firme. En el ramo de la instrucción pública, por ejemplo, admirador de Horacio Mann, difundió cuanto pudo la enseñanza primaria e hizo adoptar el método gradual e intuitivo, *conforme a lo que había visto en Norte América*; pero no llegó, sin duda, a concebir un nuevo método de enseñanza, ni a dar a la instrucción primaria una organización nueva.

*

Sarmiento no podía menos de revelarse un insubordinado a los cánones clásicos, dada la época en que vivió y de acuerdo con su temperamento y carencia de educación sistemática. Por su marcado individualismo, era sinceramente romántico en su literatura, así como era demócrata en su política; no se amoldó jamás ni al despotismo del gobierno, ni a los principios de la retórica. Siguiendo

ciegamente sus impresiones y los impulsos de su ingénita facundia, desbordábase en párrafos líricos a veces inspiradísimos, y, lejos de disimular la hipertrofia de su yo, la presentaba siempre con un valor rayano en la inocencia, es decir, en el desconocimiento del peligro. Más que a reglas o a modelos consagrados, ajustóse a los caprichos de su instinto, tan seguro en todo como el de un hombre primitivo. Por lo demás, su tradicionalismo fué sólo estético y sentimental, como el de Espronceda y el de Lamartine, y en manera alguna relativo a las ideas filosóficas, a la tendencia política ni a la fe religiosa. Aunque renegaba contra el vino añejo, no desdeñó beberlo en copa nueva.

*

«La risa contiene más enseñanza que la nieve», declara Sarmiento, aludiendo a una poética metáfora de Emerson. «El buen reír educa y forma el gusto. Jove reía. Los grandes maestros son inmortalmente risueños. Riamos nosotros, que el buen reír es humano y humaniza la contienda.... Cuando la inteligencia sonríe, hay gloria en las alturas y paz en la tierra para los hombres». Sarmiento usa el sarcasmo como arma fatal; el suyo es un ariete que desmantela fortalezas inexpugnables. Ha de servir ante todo para convencer al público, pues, según afirma, «cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado».

*

Según declaración propia, no falta a Sarmiento ninguna cuerda «en su arco». Efectivamente; en ciertos momentos, se revela un poeta en prosa, de lirismo exquisito, y, en otros, un filósofo de actitud severa y ceño adusto; a veces es como pedante dómine que no admite réplica, como declamador enfático, y, otras veces, todo un doctor de dialéctica aguda y sutil. Además, en sus libelos y artículos polémicos, suele manifestarse dicharachero y jovial ironista y adapta hábilmente su estilo a la naturaleza del contendiente. Hombre de lucha, había de ser también un escritor de lucha. «Tengo muchas plumas en mi

tintero, dice en una terrible polémica con Alberdi. Téngola terrible, justiciera, para los malvados poderosos como Aldao, Quiroga, Rosas y otros; téngola encomiástica para los hombres honrados como Funes, Balmaceda, Lamas, Alsina, Paz y otros; *téngola severa, lógica, circunspecta para discutir con Bello*, Piñero, Carril y otros; téngola burlona para los tontos. Para los sofistas, para los hipócritas, no tengo pluma; tengo un látigo, y uso de él sin piedad, porque para ellos no hay otro freno que el dolor, pues que vergüenza no tienen cuando apelan a esos medios de dañar».

Estos trozos son del ilustre argentino Carlos Octavio Bunge (fallecido en Mayo). Yo subrayo dos líneas: una relativa al «reformador» de la instrucción primaria, y otra en que se menciona a don Andrés Bello. El tercer trozo da en pequeño una muestra de algo frecuente en Sarmiento: junto a la metáfora de Emerson, la afirmación vulgar de que «cuando los *rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado».

E. J. R.

Carlos Octavio Bunge

Recortes tomados de "Nosotros"

Tenía cabal conocimiento y plena posesión de su valer: seguro de sus fuerzas, exento de prejuicios, dedicó su vida al estudio constante, incansable siempre en una labor cuasi hercúlea; nunca airado sino risueño, lleno de fe y placidez, sin envidias ni rencores, salió con lo que pretendía y realizó el ideal de su existencia tal cual se le puso en la imaginación, sin que jamás le erizara los cabellos el pensar en el aplauso o la crítica de los demás. Fué humano, muy humano: en la soledad del silencio y encierro de la torre ebúrnea del trabajo intelectual, vivió en encantadora atmósfera «su vida» gloriosa, tal cual la entendía; y gozó a su modo de la flor de su edad, experimentando soberanas dulzuras en la árida investigación y en la dura producción intelectual, pues le deleitaba la sabiduría; por ello escuchaba distraído el rumor de la brega ardorosa de los que, alrededor suyo, se afanaban codiciosos por la conquista del bíblico becerro, la realización de la ambición política o la satisfacción de otras pasiones dominantes, siquiera fueran las de la católica trilogía «del mundo, el demonio y la carne»: no llegaban sus oídos a percibir esos anhelos.... Tolerante con los otros, sabía con certidumbre que cada uno es el artífice, más o menos consciente, de su propia

ventura: su vocación lo llevó a poner su vida por obra cual si la práctica alcanzara la especulación, buscando prescindir de los demás en cuanto hallaba todo lo que ambicionaba en la dulce y blanda quietud de su gabinete de trabajo y en el grave y reposado ambiente de su selecta biblioteca. El estudio incansante llenó de borde a borde y por completo su existencia, como si estuviera amortajado en vida: no necesitaba de nadie para ello, ni los demás le hicieron nunca falta alguna; y acometía sucesivamente con osado ánimo los temas más arduos y diversos, llevado en volandillas de la insaciable curiosidad de su mente, abierta a todas las orientaciones y ganosa de descubrir sus secretos. Experimentaba así excesivo gusto y deleite, y la felicidad le acompañaba con brillo y gallardía, en toda la expresión del vocablo; sin ser por ello —como otros hombres, pájaros solitarios—incomunicable: intensamente entregado a su tarea, investigaba por el placer mismo de la investigación, desenterrando cosas pasadas, trayendo y examinando autores, contraponiendo tiempos; y cuando llegaba el momento de producir y utilizar el resultado de su indagación por tocar con felicidad la meta, una fiebre singular hacía visiblemente presa de él, se le figuraba estar transportado a otras regiones, y escribía con la misma unción con que un sacerdote oficia ante su altar, resplandeciendo en sus páginas una gravedad ingenua. Trataba siempre de producir lo mejor que podía, haciendo las cosas de asiento, con atención y reposo, sin ahorrar esfuerzo para ello: una vez llegadas aquellas al término señalado, daba por cabal su labor, toda la ponía al sol y entregábala al público bien acepillada y pulida, con la honda satisfacción de quien ha cumplido con un deber sagrado al traer a debido fin su obra; y, entonces, la más completa ecuanimidad se enseñoreaba de su espíritu, de modo que críticas y elogios le hallaban siempre gozando sosiego y calma, convencido de que respondían tan sólo a diversidad de temperamentos y a diferentes puntos de vista.

A pocos hombres he sabido mejor la mente y voluntad: puedo así afirmar que ninguno he conocido de mayor tolerancia e igualdad y constancia de ánimo; ni siquiera la primera juventud—cuando las pasiones nacientes y la falta de experiencia llevan a no pocos a convertirse deliberadamente en iconoclastas para, por lo menos, llamar sobre sí con tan ingenuo procedimiento la atención de los demás, ya que no puede concebirse que a un joven que recién comienza a vivir le roa el corazón la carcóma de la envidia—le hizo ser intransigente con quienes no pensaban como él, pues jamás la vil envidia le hubiera arrastrado a ser injusto o atacar arteramente a los coetáneos, hurgando con fruición la inevitable verruga que la mejor obra de arte suele a las veces no siempre poder evitar. Decíame discreta y bien intencionadamente alguna vez, que siempre le había repugnado esa triste tarea de eunuco intelectual, que

se goza de ver caído al prójimo y se entristece de verle ensalzado, buscando derribar a los demás, en la errada creencia de que le hacen sombra y que es menester mordiscar a diestra y siniestra para que resulte un claro y pueda entonces destacarse la figura de pigmeo de quien así procede: es la hidrofobia de la impotencia —exclamaba— y denota verdadera inferioridad mental el recurrir a semejante procedimiento, aisladamente o en «patota» más o menos numerosa, teniendo a los demás por blanco de los venenosos tiros de las lenguas.... Y lo lamentaba tanto más cuanto que generalmente se complacía lleno de alegría en reconocer verdadero talento en más de uno de los principiantes que así obraban; pero veía con evidencia de razón que, en caso semejante, pasado el período de esa especie de fiebre maligna, caía aquel en la cuenta de sus maldades, hacíase fiscal de sí mismo y se le desapasionaba el corazón, si bien no era fácil recoger la cólera que llevaba derramada, por más que reconociera entonces su demasía y le sobreviniera el arrepentimiento tardío. Nunca tuvo Bunge esa «fiebre maligna»: su mente estaba regulada con el equilibrio de la prudencia y galardonaba gustoso el esfuerzo de los demás, repugnándole la censura estéril que únicamente advierte defectos y los condena sin razón ni piedad, a fin de así tiznar la fama de otro; por el contrario, aplaudía regocijado la obra ajena, y respetaba con debido acatamiento a los que le habían dado ejemplo de dedicación al estudio. Creía—teniendo vuelto todo el pensamiento a discurrir el caso— que la producción intelectual requería un ambiente favorable y simpático, de atención benévola por parte de los entendidos, y que era un deber de los estudiosos estimular el esfuerzo leal por más reparos que eventualmente pusiesen a sus resultados y por más que fuera menester más de una vez borrar la tabla para ponerla mejor: cuando tuvo oportunidad de juzgar la producción ajena, siempre encaró la crítica como cortés disenso de opiniones o conceptos, respetando en los demás lo que lealmente consideraba errado, pues sabía pesar las cosas y estimarlas en lo justo: siempre afirmaba con razón que nadie puede pretender ser depositario de la certeza absoluta, y que cabe errar aun cuando uno cree, en ocasiones, tocar de cerca la verdad. Por eso manifestaba su opinión sin ambages, porque lo hacía impersonal y respetuosamente, con altura y sinceridad: de ahí que diera casi siempre en el punto y que jamás lastimaran sus apreciaciones, pues, se las considerara o no acertadas, nadie ponía en duda que eran el fruto de una convicción arraigada.

Comprendía Bunge que en la evolución social argentina, le había tocado en lote ofrecer a la vista muchas veces lo que vio en un período de transición, en el cual la influencia del escritor es casi nula, sin que se la tenga en cuenta en cosa del mundo, siendo mirada, por lo general, de mal ojo y con cierta compasión curiosa, pues los políticos o los que únicamente tras las riquezas corren

son entonces los únicos reconocidos por señores de la época, y la admiración pública cae como aturdida ante los favoritos del poder o de la fortuna. Poco o nada se le daba de aquello, pues solía decir: ¿qué útil hay en todo eso? Siguió por lo tanto impertinente su camino: parecía a veces que era la bíblica voz que clama en el desierto, pero no experimentaba siquiera amargura ante la falta de eco y no tenía por desdichada su suerte, pues su esfuerzo respondía a un imperativo categórico de su razón, al cumplimiento de un deber que su conciencia le trazaba, y eso le bastaba: no había menester más. Posiblemente, si sus coetáneos hubieran sido más rectos apreciadores de su esfuerzo, el ambiente le habría multiplicado sus favores y estimulado su producción, con la prosperidad y ligereza con que va una nave con muy buen viento en popa y con bonanza: cabe suponerlo; pero aquella falta de resonancia en el medio en que vivía no le perturbaba mayormente, pues tenía fe profunda en el porvenir, y en el silencio de su gabinete parecía oír vagamente el zumbido de las campanas de los venideros, al repetir el eco de su obra y de su esfuerzo; por eso proseguía imperturbable en la realización de su tarea. A su fallecimiento el coro de alabanzas ha dicho maravillas de él: «de los muertos—decían los antiguos— nada sino bueno», y de ahí que se cante su loor en los oídos de todos y le nombren gloria de su linaje y pase con clara y eterna voz su memoria; muy justificado es todo esto: pero quizá habría sido más equitativo que parte de ese hervor elogioso hubiera, en vida, alentado al infatigable trabajador intelectual, enardeciéndole el pecho y haciéndole crecer las alas del deseo para volar.... Verdad es que, una vez desaparecido, ya no puede a nadie ennegrecerle el aire y enlutarle el sol: pasado ese peligro— que, para muchos, es obsesión constante— entonces el elogio es siempre fácil: pero triste es que así suceda, porque en el fondo apoca y estrecha el ánimo comportamiento semejante.

Desplegó Bunge una actividad febril y manifiesta durante su vida: no sólo ha sido variada y honda su producción intelectual y ha podido así herir en la voluntad y prender el amor de sus lectores, sino que su acción de profesor ha hecho que su palabra influya en la orientación de muchos de los que, durante tantos años, pasaron por el aula de su cátedra; y como magistrado y representante de la acción pública, ha contribuido con todas sus fuerzas largamente a que la ley penal fuera aplicada con criterio humano y como expresión del estado social del momento, vivificando la letra, a las veces aparentemente muerta, del texto de los códigos. Magistrado, profesor y escritor, dábanse recíprocamente el complemento de su perfección esas tres fases de su actividad mental, prestándose a cierra ojos cualidades y rasgos característicos: la ecuanimidad del magistrado se reflejaba en el

temperamento del escritor y en la acción del profesor, allanando y suavizando todo; la meticulosa conciencia investigadora del productor intelectual daba relieve y honda seguridad a la palabra del catedrático y a las opiniones del jurista, y grande era en eso su destreza y agilidad; la actuación vívida y de humana simpatía de la cátedra, tan maestra en juntar voluntades, caracterizaba la índole de los trabajos del autor de tanto libro, y estampaba un sello inconfundible en sus producciones judiciales, dando paso libre a la justicia. Es un bello ejemplo el de su vida, que a diario ponía en su entendimiento más luz y claridad: tolerante, ecuánime, infatigable en el trabajo, sincero en la producción, y siempre listo el aplauso para el esfuerzo ajeno.

Y, sin embargo, Bunge era hombre de convicciones arraigadas y batallaba por ellas siempre con la prueba al ojo; no embozaba la verdad ni andaba de mosca muerta, ni velaba sus opiniones, sino que por el contrario, entraba por brecha y asalto en las contrarias: estuvo a todos los encuentros animoso. Era un adalid que se ponía por escudo y amparo de lo que consideraba acertado; jamás contaba el número de los adversarios de su manera de ver, y capaz era de tomarse con el mismo Satanás en persona: no mostró jamás flaqueza y disputaba belicosamente por el triunfo de sus ideas con entusiasmo, sinceridad y perseverancia tales que, aun cuando no le brindaran siempre la victoria, por lo menos le conquistaban el respeto de todos. No concertaba pactos indignos con lo que consideraba un error, y no temía hacer campo uno solo contra todos. Pero, sea en defensa de sus propios ideales o en lucha con los ajenos, si bien su palabra hablada o escrita era neta y enérgica, sin desfallecimientos ni salvedades, había heredado la nobleza con la sangre y jamás descendió al terreno del personalismo: combatía exclusivamente por ideas, y la persona del adversario, sobre todo cuando era visiblemente sincero, le merecía derecho riguroso a toda consideración y respeto. Habría creído faltar a la reverencia y acatamiento que a su propia conciencia debía si hubiera empleado, a guisa de argumento de efecto, un ataque directo o indirecto a la persona, a las posibles debilidades de todo hombre, a las imperfecciones de que casi nadie puede escapar, por más que quiera hurtarles el cuerpo. De ahí que una polémica con él, vibrante y contundente en el terreno de la doctrina, siempre fuera cortés y caballereza entre los contrincantes.

Tenía echada en su vida tan hondas raíces la conciencia de lo sagrado de la producción intelectual que consideraba ésta como un culto, con sus ritos y sus dogmas: era un cuasi iluminado, un místico, un benedictino laico. No comprendía cómo otros podían en esto obrar con indiferencia, pues para él era un bien donde se encierran todos los bienes: ni vadeando un piélago profundo alcanzaba a entender la singular elasticidad de aquellos retóricos de la decaden-

cia, de quienes el satírico latino ha dicho que eran maestros eximios en exponer con igual eficacia el pro y el contra de todas las cosas. Bunge se erguía todo entero y le centelleaban los ojos cuando de tal cosa se hablaba y manifestaba sin ambages, en términos que hacían escocer las orejas, su desdén profundo por la producción careciente de sinceridad. Esta cualidad era, a sus ojos, la más esencial y típica de toda obra: si no era o ya existente o ya aparente, nada podía salvar tal producción; en cambio, una vez comprobada aquélla, cualquier deficiencia tenía tan sólo, en su concepto, el significado de un desliz venial fácilmente corregible, pues no era pecado de ciencia y malicia sino de inocencia y flaqueza. Jamás pudo apreciar ni comprender al escritor que escribía sin convicción, como profesional retórico o como aficionado a sostener con glacial indiferencia tesis más o menos opuestas o arriesgadas: deseaba y pretendía siempre que quien escribe siga las órdenes y obedezca los mandamientos de una convicción cualquiera, aun cuando resultara ésta errónea, pero siempre que fuera sincera: tal era la suprema honestidad de su conformación mental. Cabe equivocarse—decía con frecuencia en intimidad—pero eso es humano y excusable; lo que es absolutamente indisciplinable es escribir de mala fe o sin convicción alguna.

Como todo hombre consciente de su propio valer, era bueno, fundamentalmente bueno, porque no le hacía sombra nadie y creía a macha martillo que había lugar para todos a la luz del sol: su exterioridad, algo brusca a veces, y su incorregible sinceridad, que le impedía disimular sus impresiones o fingir lo que no está en el ánimo, posiblemente le conciliaron poca benevolencia en algunos o aun le atrajeron la animosidad de otros, quienes lo proclamaron orgulloso o malo. Nada de eso había: su bondad era grande y tomaba con fervor el procurar la perfección; llevaba el corazón en las manos y era un Juan de buen alma. Es evidente que, como todo ser humano, tenía sus defectos, cuyas cargas y pesadumbres llevaba estoicamente; pero nadie está exento de imperfecciones físicas o morales, y son ellas hasta cierto punto imprescindibles, porque plasman las sombras que, en todo cuadro, dan más realce a las luces de lo irreprochable, que sobresale así más a la vista. De una independencia sin límites, temió siempre verla perdida y enajenada si entraba a la parte con otros en la vida pública, y deliberadamente comenzó desde temprano a torcer el camino hasta llegar a vivir en un desierto muy remoto de la política siendo así que, como sus ojos penetraban el cristal y no se le escondía nada, sabía que renunciaba de tal guisa a la satisfacción de la notoriedad que la prensa diaria consagra y el grueso público otorga, al buscar al favorito del día para adorarle y ofrendarle; prefirió la triple modesta semi-obscuridad del tribunal, de la cátedra y del libro, que tienen sólo un círculo limitado de personas como auditorio o apreciadores, pero dedicó—en una torre de su real

alcazar—a esas tres formas de actividad todas las energías de su vida, haciendo dejación de sí al renunciar a las demás satisfacciones y placeres de que gozan los aficionados a teatros, hipódromos, paseos, saraos y demás esparcimientos que hacen florida la existencia, pues puede decirse que Bunge jamás se bañó en las vanidades y deleites de la vida.

ERNESTO QUESADA

A los escritores argentinos no los estimaba gran cosa. Algunos le fastidiaban sinceramente: entre ellos, Almafuerte. Consideraba al poeta de *Lamentaciones* como un *compadrón* de la literatura. Sobre Lugones hemos discutido infinitas veces; jamás encontró buena una página del poeta de *Las montañas del oro*. Creía que la literatura de Lugones y su influencia eran cosas detestables, que debían ser extirpadas, y hubo una época que tomó como tema a Lugones, dando sus juicios rotundos hasta en las clases de la Facultad de Derecho.

MANUEL GÁLVEZ

¿Fué acaso el doctor Bunge un filósofo? Ante este interrogante, sus propias palabras parecerían respondernos: «En el continuo devenir y progreso de la inteligencia humana la idea filosófica ha terminado por desprestigiarse a su vez para ser reemplazada por la idea netamente científica. Esta última, mucho más modesta que las anteriores, se ha contentado con estudiar las causas eficientes de los fenómenos.» En trance de protestar contra la filosofía, nos confiesa su posición filosófica. Quiere significarnos su protesta contra todo sistema metafísico, contra todo subjetivismo, para entregarse de lleno en brazos de la ciencia.

«En el más positivo de los sistemas de filosofía moderna, el de Spencer, coexisten tres reinos: el de lo inorgánico, el de lo orgánico y el de lo incognoscible» (*sic*). Pero a pesar de calificar como el más positivo al spencerianismo, no lo acepta sin grave reparo. Para Bunge, ni la especulación ni la observación tienen un sentido absoluto, de hecho se combinan, prevaleciendo una u otra alternativamente en los diversos sistemas. Y «hasta ahora no se han llegado a equilibrar, acaso por el insuficiente poder mental del hombre».

A pesar de todos sus distingos, no puede negarse que Bunge sigue la escuela positivista moderna. I. Porque sostiene el predominio de la observación y el menosprecio de las ideas. «Sin embargo, nos dice, nada existe en la especulación que no provenga directa o indirectamente de las percepciones de nuestros sentidos». Máxima que no difiere fundamentalmente de esta otra, que llegó a tener, en Bacon o Locke, en la filosofía de la experiencia, el valor de un axioma: «Todos nuestros conocimientos vienen de la ex-

perencia». II. Porque sostiene la relatividad de las nociones. «Nuestra relatividad imposibilita la comprensión de lo absoluto. Lo único absoluto que sabemos, ha dicho Comte, es que para nosotros todo es relativo. Queda así excluido de las investigaciones humanas cuanto se refiere a lo infinito, a lo eterno, a la cosa en sí, al primer principio y al último fin».

E. MARTÍNEZ PAZ

LAS LEYES DE LA NATURALEZA.—LAS LEYES NO SON LAS CAUSAS.—LEYES HUMANAS.

Cuando hemos descubierto por una observación atenta y repetida, que alguna cosa es siempre la causa de cierto efecto o que ciertos acontecimientos se verifican siempre en el mismo orden, llamamos la verdad así descubierta, una *Ley de la Naturaleza*.

En realidad, todo lo que conocemos de las propiedades de los objetos naturales y del orden de la Naturaleza, puede llamarse propiamente una ley natural; es por tanto preciso recordar que las leyes naturales no son las causas del orden de la Naturaleza; son nuestra manera de establecer lo que hemos podido descubrir de este orden. La ley es un medio de afirmar lo que ocurre invariablemente cuando cuerpos extaños, las piedras por ejemplo, quedan libres en su movimiento. Según este concepto, las leyes naturales son parecidas a las leyes que hacen los hombres para guiar su conducta, los unos respecto de los otros. Hay leyes sobre el pago de los impuestos, y hay leyes contra el robo u homicidio. Y la ley, no obstante, no es causa de que los hombres paguen sus impuestos o que se abstengan de robar o de matar. La ley, es sencillamente, la afirmación de lo que ocurrirá si un hombre no paga sus impuestos y si comete un crimen; la verdadera causa de su exactitud en pagar el impuesto, en abstenerse del crimen, en ausencia de todo motivo superior, es el temor a las consecuencias, que es el efecto de su creencia en esta afirmación.

Una ley humana nos hace prever lo que hará la sociedad en ciertas circunstancias, y una ley natural nos

hace también prever lo que harán los objetos naturales en ciertas circunstancias. Cada una contiene una información dirigida a nuestra inteligencia, y, aparte la influencia que puede ejercer sobre ésta, no es más que una palabra en el aire.

Al lado de la gran analogía que existe entre las leyes humanas y las leyes naturales, hay que colocar, sin embargo, ciertas diferencias esenciales que las separan. La ley humana consiste en mandatos dirigidos a agentes voluntarios, y a los cuales pueden obedecer o desobedecer; las infracciones de la ley no la anulan. Las leyes naturales, por el contrario, no son mandatos, sino asertos concernientes al orden invariable de la Naturaleza, y conservan el carácter de ley en tanto expresan este orden. Hablar de la violación o de la suspensión de una ley natural, es un absurdo. Todo cuanto puede significar esta frase, es que en ciertas circunstancias, el aserto contenido en la ley no es exacto o que se cumple modificado por otras leyes, y la verdadera conclusión que de ello hay que deducir es, no que el orden de la naturaleza se interrumpa sino que no hemos establecido bien ese orden. Las leyes humanas expresan el curso general de la Naturaleza, de la que la sociedad humana forma una fracción.

Nada ocurre por casualidad, todo sigue en la Naturaleza un orden definido.

El hombre que intentara vivir en un país sin conocer las leyes de este país, tropezaría bien pronto con mil obstáculos.

(Arreglado por *Arador*).

El tratado con los Estados Unidos

III

En largo, retórico párrafo culpa al señor Wilson a Colombia de las dilaciones que tuvo la construcción del Canal y declina en ella toda la responsabilidad de la demora; de lo cual se deduce, según la doctrina del escrito que se examina, que «siendo ésto CUESTION POLITICA», el Presidente de los Estados Unidos estaba autorizado para dirigir y apoyar con la escuadra una conspiración traidora y tenebrosa, iniciada por un judío francés y un abogado americano, en contrato a la partija con unos traidores a su Patria, y que debía tener por resultado que los Estados Unidos vinieran a ser, de un día a otro, (cosa inaudita!), dueños de lo que se le arrebatara a Colombia que, por esta vez, era nada menos que el Istmo de Panamá (confiado a ellos por un Tratado público vigente!); jugada rápida e incruenta que cubriría la autoridad presidencial con la bandera americana y con el poder del ejército y la marina de los Estados Unidos. No negaré al señor Wilson que «aquello era UN ACTO POLITICO DE PRIMERA MAGNITUD»....

Colombia es una nación joven; pero por el culto a su honra y a su gloria, característico en sus hijos, se ha conquistado el respeto de las demás naciones. Tenemos, pues, derecho a reclamar el estudio de la historia nacional antes de imputarle faltas graves que exigen leal comprobación. Para juzgar su historia es por lo menos útil leerla, para no inventarla como lo hizo Roosevelt.

Si el señor Wilson la hubiera consultado, sabría que en la Secretaría de que él fué Jefe en Washington, reposa el ejemplar auténtico que a los Estados Unidos correspondió de un Tratado público celebrado por Colombia con los Estados Unidos el día 26 de enero de 1870 y firmado por los Plenipotenciarios señores Justo Arosemena, Jacobo Sánchez y Stephen A. Hurlbut, por el cual los Estados Unidos se comprometían a construir el Canal intermarino y Colombia «SE OBLIGO A NO ABRIR NI PERMITIR QUE SE ABRIERA NINGUN OTRO CANAL INTEROCEANICO, NI OTRO FERROCARRIL AL TRAVES DE SU TERRITORIO, DESDE EL OCEANO ATLANTICO HASTA EL PACIFICO, SIN HABER OBTENIDO ANTES EL EXPRESO CONSENTIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA».

Este Tratado contenía todas las aspiraciones ostensibles de los Estados Unidos, a las cuales se allanó Colombia con liberalidad sin ejemplo. Es hoy un histórico papel de Estado que honra a toda la América.

No se cumplieron aquéllas, sin embargo, como tampoco se aprobó otro Tratado anterior propuesto y firmado por su anterior Ministro, General Sullivan, porque el objeto de estos célebres Pactos no fué, de parte de los Estados Unidos, construir el Canal, sino impedir que se construyera. Esa era entonces su política, que no cambió sino en 1903 con la perspectiva del rapto de Panamá. La oposición a la Compañía francesa consta en las proposiciones y resoluciones legislativas del Congreso de los Estados Unidos. Ellos tenían perder su predominio en los mares de Occidente. La inculpa-ción hecha a Colombia es, pues, arbitraria e injusta. No tiene fundamento.

La construcción del Canal fué una aspiración secular de esta nación,

desde el reinado de Carlos V. El señor Wilson lo confiesa, al menos respecto al último siglo, cuando describe las figuras simbólicas del escudo nacional de Colombia.

El Mensaje Presidencial del señor Roosevelt queda, pues, en el bajo nivel de la calumnia, fulminado por la mirada interrogadora del pueblo americano que quiere que su Gobierno brille por la verdad y la equidad y que su poder se funde sólo en el alto espíritu de justicia que engrandece a los fundadores de la República y de que fué modelo excelso el Presidente mártir.

Continuará

F. DE P. BORDA

Los hombres que ocupan los destinos elevados, son siempre esclavos del príncipe o de la nación, esclavos de la opinión pública, y esclavos, en fin, de los negocios; de suerte que no son dueños de su persona, ni de sus acciones, ni de su tiempo. ¿No es en efecto una rara manía la de querer mandar perdiendo la propia libertad y adquirir un gran poder sobre los extraños renunciando a tenerlo sobre nosotros mismos?

Los antiguos han tenido razón en decir que el empleo muestra al hombre: un gran destino revela la capacidad de unos y la nulidad de otros. «Galva, dice Tácito, habría sido juzgado por todos digno del imperio, si no hubiese llegado jamás a ser emperador.» Vespasiano, añade en otra parte, «es el único que después de subir al poder supremo, fué todavía superior a las esperanzas que había inspirado»; con la diferencia de que en el primer caso sólo se trata de la aptitud para el gobierno, y en el segundo se hace referencia también a las costumbres y al carácter. En efecto, la grandeza de alma de una persona a quien los honores y dignidades han aquilatado en vez de pervertirla, no puede ser dudosa, y muy por el contrario, semejante cambio es el síntoma más seguro de la elevación de sus sentimientos.

BACON

Trozos de M. Goicoechea Menéndez:

OBSEQUIO DE BODA

La secular pobreza que asedia a los poetas
Hace que sólo ofrezca un ramo de violetas
A vuestra grácil novia, pues en cuestión de amores
Una epopeya ha sido siempre un ramo de flores.

Vuestra novia es graciosa y muy dulce y muy bella;
Lo galante sería ofrendarle una estrella,
O un cordero blanco con grandes moños rosas,
O sobre una azucena un par de mariposas;

Y en su defecto fuera un obsequio cumplido
Dos tórtolas albísimas sobre el plumón de un nido.
Mas como enviaros eso, no puedo, por mis penas,

Aunque haya mariposas, estrellas y azucenas,
Luciendo una sonrisa va el ramo de violetas
Como la pobre ofrenda que usamos los poetas.

1900.

EL DERROCHE DEL BRONCE

Estamos encanallando el bronce. Las aldeas y las ciudades se van llenando de los bustos fundidos en el metal glorioso de larga vida en la marcha de los tiempos, pertenecientes a hombres que sólo supieron ser buenos y que no dejaron tras de sí ninguna de esas cosas superiores indicadoras de un resurgimiento o siquiera de una sencilla evolución en el espíritu humano.

El perfil del mediocre se anticipa al del héroe; la silueta del individuo que sólo supo vivir un punto más arriba que el nivel de la turba, se pospone a la del abuelo que encajó en los flancos del mundo el organismo de una nacionalidad. En el granito de la base y de las columnas que sostienen esos bronce sin enseñanza se estampan las ironías de las inscripciones pomposas, que propician las excelencias de las lápidas que encubren a la anonimia.

Mañana, cuando nuestros hijos o nuestros nietos se paren ante uno de esos monumentos para investigar el nombre del glorificado y su actuación en la vida de la patria, abrirán las páginas de la historia y encontrarán que la posteridad ha borrado ese nombre porque nada o poco hizo para merecer ese honor que nuestra prodigalidad

de «gente rica» le ha discernido, por el prurito de hacer semidioses necesarios para llenar el olimpo de próceres de «papier maché» que estamos creando.

Fundimos águilas, leones y tirso de laureles para engalanar los plintos donde se alzan las figuras con que se quiere perpetuar a los desconocidos del futuro, y entre tanto en Buenos Aires las cenizas del General Paz están tiradas en el rincón de un cementerio; Moreno y Pueyrredón aguardan desde hace un siglo sus monumentos; Güemes recién va mereciendo algún testimonio admirativo de aquellos por quienes realizó una epopeya de centauros sobre los flancos de Aconquija y del Famatina; los caudillos del interior, los verdaderos constitutores de la Patria, yacen olvidados de las generaciones por las cuales alguna vez penetraron de «usutas» a los cabildos por no gastar zapatos, con cuyo importe comprarían el sable o el fusil con que iban a armar a un ciudadano que triunfaría en Ituzaingó y en Montevideo; la Convención constituyente del cincuenta y cuatro no tiene siquiera una inscripción que diga lo que ella representa; Avellaneda no tiene aún su mármol; y, por fin, hace ya muchos días que el tiempo—el gran justiciero—se ha encargado de descubrir la tumba de Alberdi porque ninguno de sus conciudadanos se atrevía a descorrer el velo que la ocultaba.

Cuando los hombres del futuro consideren este procedimiento «sui géneris» de generaciones que hoy vocean su patriotismo a cada amago bélico que les hace cualquier vecino inquieto que viste poncho para hacer el gaucho malo, y que, sin embargo, olvidan el honor a los que merecen ser honrados, han de arrasar de un solo golpe con esa estatuaría de celebridades de bazar como llenamos en el presente los receptáculos de nuestra satisfacción.

Una estatua debe ser siempre una suprema lección. La Gran Naturaleza, que guarda en su todo magníficas enseñanzas, puso el metal heroico y el granito triunfal en las eminencias de las montañas. Para simbolizar lo que ellos representan, hizo color de mármol las calvas de las cordilleras y le fundió al águila un plumaje de bronce. Luego, las colocó entre el azul del espacio. Los grandes hombres tienen del espacio la inmensidad del alma y lo infinito del cerebro.

Violar esa ley es rebajarla: confundir un grajo con un cóndor, una personalidad de barranco con la que confunde su cabeza con las últimas eminencias del espíritu, es algo que sólo tuvo su explicación lógica y racional cuando a las puertas de Roma decrepita y venal iban a amarrar sus caballos los bárbaros de occidente.

Este mismo fenómeno se produce hoy entre nosotros, pueblo joven, casi sin historia y sin hombres superiores, que aspira a hacerse sabio ya que no con el tiempo, con la experiencia y la grandeza de sus hijos. Miramos desde muy cerca a las personalidades, las juzgamos prematuramente, vemos un genio donde sólo hubo un buen hombre y hacemos hervir las retortas y chispear el mármol

bajo la caricia aguda del cincel para llenarnos de monumentos sobre los cuales van a caer las amargas ironías de los venideros tiempos.

¿Qué merece, pues, un grande hombre si a un «cualquiera» se le concede el honor supremo de la estatua? Esta reflexión abisma. Aún bajo las estrellas no se ha producido la respuesta.

1900.

Selección de P. M. J.

Goycochea Menéndez nació en Córdoba (Rep. Argentina) en 1877, y se dice que murió en Yucatán en 1906.

Los ignorados

Todos los años, el correo se encarga de prolongar una de las manifestaciones más simpáticas de las fiestas de Navidad y Año Nuevo: el cambio de tarjetas y cartas de felicitación. Lentamente, hoy cinco, mañana tres, pasado uno, van llegando los pequeños sobres abiertos, que os recuerdan a un amigo, a un compañero de viaje, a un huésped afectuoso en lejanos países. Y el saludo, renovándose, convierte el mes de enero en una revisión grata de relaciones que, a veces, sólo en esta ocasión se hacen visibles.

Pues bien; todos los años me sugiere ese hecho la misma reflexión, que, a primera vista, nada parece tener de común con su causa: la reflexión de lo pueril de las vanidades de muchos nombres y de lo estrecho y mezquino que es el círculo de nuestro conocimiento de la humanidad actual, no obstante la frecuente afirmación de que el mundo es muy pequeño. Entre los nombres que van pasando ante mis ojos, a medida que saco de sus envolturas cartas y tarjetas, ¡cuántos hay de escritores de mérito, de trabajadores infatigables, de inventores de cosas útiles, de sembradores de ideas fecundas, de héroes de la justicia y del derecho, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, no obstante lo mucho que su obra representa para el progreso de la civilización! Esos mismos que yo conozco, los que, a su vez, conoce cualquiera de ellos, serán en cambio ignorados por millones de hombres, no ya del vulgo o de los dedicados a otras esferas de la actividad, sino de sus mismos compañeros de profesión y aficiones. Y detrás de los pocos de que ya tengo noticia, ¡cuántos otros que rendirán a la humanidad los frutos admirables de su labor, y serán para una inmensa mayoría como si no hubiesen vivido, no sólo porque ignore sus nombres, sino porque ni aun pueda aprovechar lo que, para bien de todos, hicieron! Las rachas de modas extranjeras en materia literaria que, de vez en cuando, soplan desde Francia o Italia y llegan hasta nosotros, nos dan ejemplos repetidos de esto. Lanzan a nuestra publicidad cuatro a cinco nombres ilustres que, a menudo, corresponden a escritores de hace cincuenta

años, quizá muertos, y a la exclamación ordinaria: «¿Cómo hemos podido ignorar durante tanto tiempo obras de tanto valor?», se junta esta otra: «¿Cuántas más no habrá, que también merezcan nuestra admiración, que podrían darnos momentos de sublime goce y que nunca llegarán a ser sabidas entre nosotros?»

Cuando murió Zola, un periódico canadiense publicó la noticia en la siguiente forma: «Ha fallecido en el destierro un tal Emilio Zola, que se hizo célebre en el asunto Dreyfus.» Todo eso es lo que sabían del gran novelista, el corresponsal que telegrafió el suceso y la redacción del diario; es decir, un grupo de *intelectuales*, de gentes a quienes se debía suponer conocedoras de lo que representaba el nombre de Zola, aunque sólo fuese por la cultura noticiera que comunica el leer y copiar otros periódicos. Si esto ocurrió con un literato de fama tan universal como el autor de *Los Rougon*, no puede maravillarnos que ocurra continuamente con otros que, sin dejar de tener muchos méritos, no han logrado (ni por lo común lo han pretendido) hacerse populares. No hace falta ir a regiones lejanas; en Suecia, en Noruega, en Rusia, en el Japón, en China, hay sin duda innumerables literatos, dibujantes, hombres de ciencia cuya nombradía no traspasa los límites de su nación o de su localidad; pero no los hay menos, para gran parte de los europeos, en Inglaterra, verbigracia, o en el pueblo portugués. Podrían citarse numerosos poetas y novelistas de primer orden de ambos países que no han llegado al público continental (al de los Estados *latinos* singularmente), o comienzan ahora a ser fragmentariamente conocidos. ¡Cuánto bien haría para la depuración del gusto estético, la difusión de sus obras!

Ni el caso de la muerte, que es el momento de las alabanzas, pone remedio a esta limitación, fundamentalmente irremediable. Acabo de citar el hecho relativo a Zola. Con motivo del fallecimiento de Mommsen, advertía un escritor francés, el Dr. Levin, que hasta para morir se necesitaba suerte, en esto de la resonancia por el mundo; pues, sin negar ninguno de los grandes títulos que Mommsen tenía para que su pérdida fuese lamentada por todos los hombres de cultura, resultaba una desproporción enorme entre sus necrologías francesas y las dedicadas a Helmholtz, «el genio más grande que en las ciencias naturales ha habido después de Newton, y a cuya labor debe la humanidad una herencia incomparable de hechos e ideas científicas»; a pesar de lo cual, casi no pasó de unos pocos renglones lo que le dedicaron los diarios franceses.

Pues bien: cuando pienso en todo esto, en el sinnúmero de hombres de valer cuya obra es ignorada por la inmensa mayoría de los demás, y que, a veces, ni aun se incorpora, anónima, al acervo común, o tarda mucho en conseguirlo, y cuando recuerdo ejemplos como los que he citado antes, no puedo menos de compadecer a

esos infelices, verdaderos desgraciados dignos de lástima, que se agotan en esfuerzos por atraer hacia sus nombres la atención del público, sin otra mira fundamental en su trabajo, o se preocupan y hasta se desvelan ante la consideración del momento inevitable en que desaparecerán de esta tierra y se desvanecerá en la nada el conjunto admirable de energías que hoy forman su poder intelectual. ¡Triste es vivir preocupado por ese fantasma de la nombradía y de la gloria! Si alguna vez me tentara el diablo por este camino, es seguro que me salvarían de la caída las tarjetas de Navidad y Año Nuevo, y la historia de tantos hombres de valer positivo, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, hojeando bibliografías o viajando por el mundo.

RAFAEL ALTAMIRA

Los partidos políticos

No deben olvidar que una es su misión docente y otra su tarea de gobierno. Bien está que ellos se esfuercen en la cátedra, en la tribuna y en la prensa por acreditar las ideas que consideren más propias para la Nación; bien está que hagan activa propaganda, y que procuren convencer y persuadir al mayor número posible de ciudadanos; pero mientras no hayan logrado esto, mientras no hayan logrado que por convicción acepte la mayoría sus enseñanzas, cometen un atropello si las imponen como instituciones.

Tal vez quede más clara esta doctrina estableciendo diferencia entre la *escuela* política y el *partido* político. A la primera corresponde la tarea docente o de propaganda; al último corresponde la tarea de legislar, cuando triunfa. Son dos círculos concéntricos, pero no coextensivos.

Procuraré explicarme con unos cuantos ejemplos concretos. Tratándose de instrucción pública, hay varias opiniones. Creen unos que ella debe ser gratuita pero no obligatoria; opinan otros que no debe ser ni obligatoria ni gratuita; muchos piensan que la ley debe exigir al padre que eduque al hijo, como le exige que lo alimente, sin que lo primero implique la necesidad de poner escuelas públicas, como no implica lo segundo la necesidad de que haya panaderías oficiales; algunos, finalmente, juzgan que la instrucción pública u oficial no solamente no tiene las ventajas que se le atribuyen, sino que adolece de gravísimos inconvenientes. Como los últimos pienso yo; de manera muy distinta piensa el resto de los colombianos. Ahora bien: si por un concurso fortuito de circunstancias me tocara a mí solo dictar leyes para los colombianos ¿sería equitativo o siquiera tolerable que yo legislara de acuerdo con mis ideas, en vez de hacerlo de acuerdo con las ideas de mis compatriotas? Lo que se dice de un solo legislador se dice de un Congreso y

de un partido. Y no se arguya que un partido, por el hecho de triunfar, demuestra tener la mayoría del país, pues en tratándose de teorías de gobierno, el partido no es más que su clase directora, la cual consiste apenas en unos cuantos centenares de individuos (1).

TOMAS EASTMAN

Colombiano y liberal

(1) El partido del Dr. Eastman, vencedor en 1863, constituyó el país y legisló contra estos principios. Si todos los hombres de ese partido profesaran estas doctrinas, los partidos políticos de Colombia se fundirían en uno solo.

QUINTILIANO

De todo

«Cada uno habla de la feria según le ha ido en ella».

*

En un precioso trabajo, del cual dió Eos algunos trozos en el cuaderno anterior, dice José Ingenieros a la juventud: *es necesario creer firmemente que todo tiempo futuro será mejor*. Y es la pura verdad, si se miran las cosas en conjunto, sin considerar, por consiguiente, las lagunas o períodos de retroceso que puedan afectar a determinadas partes de ese conjunto. La expresión citada es simplemente la afirmación del progreso.

Yo quiero ahora repetirla a mi vez, aplicándola a la vida de cada individuo y dando a la palabra *mejor* el sentido preciso de *más feliz*: si cada tiempo pasado nos parece mejor, es porque olvidamos los dolores y... olvidamos también los placeres; o, mejor dicho, porque de unos y otros no guardamos más que impresiones mnemónicas o cicatrices, sobre las cuales poco o nada hacen las aprensiones del momento. Otro es el caso de las penas y gozos actuales: los temores o recelos entran, las más de las veces, en juego, empañando los placeres o agravando los dolores. Es el tiempo lento de aumento para los placeres y lento de disminución para el dolor, cuando no se reflexiona con calma.

*

No es la infancia la *edad más feliz*, según se dice corrientemente. Para un individuo que se desarrolle con salud, de la cuna a la tumba, cada tiempo pasado debe ser peor. Lo otro sería una evolución al revés. El joven debe ser más feliz que el niño; el hombre maduro, más que el joven; el viejo, más que el hombre maduro. Los males de imaginación y los hijos de la ignorancia—que son la gran mayoría—disminuyen conforme se avanza en años; las pasiones—que constituyen las más duras esclavitudes—se aflojan, y logra el hombre el maximum de serenidad de que puede gozar.

*

La ambición de oro y de honores superficiales mueren en la vejez. Y florece entonces la ternura. La propia apacibilidad y el propio inmovible optimismo, hacen al anciano descubrir por todas partes bondades y dulzuras.

En todo se complace: en el juego junto a los chiquillos, en la rebusca del origen de una palabra, en la admiración de la nueva máquina, en la función de titeres, en la contemplación del paisaje del vecindario mismo en que ha vivido siempre sin fijarse en sus incontables bellezas.

*

Nada, absolutamente nada que yo sepa, hay en la vejez comparable a los múltiples miedos de la infancia o a los celos y despechos amorosos de la juventud o a las decepciones (políticas y demás) propias de la madurez.

Al viejo, solamente una cosa suele entristecerlo con frecuencia: la idea de la proximidad de la muerte. Esta tristeza es compartida por todos, creyentes y escépticos, y da, por cierto, la medida de lo que valen las convicciones religiosas relativas a la inmortalidad personal.

El aburrimiento sin motivo visible es propio de la juventud. A un hombre serio mayor de 40 años, se le halla a veces triste por algo que él sabe bien o cansado por un trabajo anterior: nunca he dado con uno aburrido indeciblemente, sin motivo preciso, en la forma en que lo están tantos muchachos en día domingo.

Lo que más podría molestar al anciano, el ruido, se amortigua en los oídos insensibilizados por los años.

¡Sordera de la vejez, bendita seas!

Y sea bendita también la presbicia que nos obliga a mirar de lejos.

De este tema hablaba hace poco con un artista de mi edad, con quien me encontré casualmente en una altura de las afueras; y como él se mostrara enteramente de acuerdo, aproveché la ocasión para terminar una batalla tiempos ha comenzada. Ya ve, le dije, por qué no me asusta a mí la especialización,—salvo en las escuelas de 1ª y 2ª enseñanza, en donde toda especialización es correlativa de una atrofia. A esta hora, después de tanto reñir, comenzamos a ver casi lo mismo. Así, desde esta altura, abarcamos horizontes que no difieren sino en cuanto difieren nuestros ojos: en muy poco. El camino por donde hemos llegado, no importa.

«Estando, como toda ciencia, por encima de los puntos cardinales de la filosofía de la conducta, la política es amoral. La política, al abandonar el terreno abstracto y entrar en el de la práctica, tiende hacia el engrandecimiento y éste, por desgracia, no siempre es una cosa moralmente buena. Es la grandeza la finalidad de toda nación sabia y de todo partido sano. La nación y el partido que olvidan que su deber es engrandecerse (lo que significa que es también su derecho), marchan irremediablemente a la muerte.»

La finalidad de toda nación sabia y sana es el engrandecimiento. Éste no es siempre moralmente bueno; pero constituye un deber y un derecho. La política es amoral.

¿Quién dice estos disparates? ¿un alemán? No, el escritor colombiano Pedro Sondereguer, en el lugar de honor de la revista *Nuestra América*, de Buenos Aires, en noviembre de 1918. En el mismo artículo nos asegura dicho escritor que su patria está en vía de pleno engrandecimiento.

¡Pobre América nuestra, cómo te desacreditan!

¿Habrá dé veras niños que sufran por falta de juguetes? Yo no los conozco. No he visto un niño que no sepa hacerse sus juguetes a expensas de los objetos a su alcance.

Yo solamente conozco niños que sufren por sobra de juguetes.

Una vez que se habitúa a un niño a los juguetes de almacén, ya nunca más está satisfecho: como los hombres grandes, cuanto más posee, más desea. Cada novedad que se exhibe en las ventanas es nuevo sujeto de aficción.

¿Y será moral eso de no enseñar a los hombres, desde niños, a querer lo que tienen cuando no tienen lo que quieren?

¿Son los juguetes comprados cosas necesarias, como el pan y la luz?

Las reparticiones de juguetes a los niños **POBRES**—que carecen, pues, de las cosas necesarias—me parecen a mí pura.... *juguetería*.

* * *

Hay muchísimas personas en San José—sirvientes domésticos, empleados de pequeño comercio, etc.—que no pueden mudarse de ropa completamente sino los domingos; y hay entre ellas muchas que aun en domingo no están libres sino después de comida—a las 7 de la noche, cuando más temprano—. Hasta hace unos 12 años hubo para toda esta gente un concierto musical, a las 8 de la noche, en un lugar público. Con desprecio, llamaban algunos a este concierto *la retreta de las cocineras*, aunque la mayor parte de los auditores no fueran cocineras sino personas de muy distintas calidades, que no podían satisfacer de otro modo su afición a la música. Dicho concierto fué suprimido durante la administración del señor González Viquez.

¿Con qué ha sido reemplazado? ¿Se continúa pensando que la música es un lujo para las cocineras y para todas las personas muy ocupadas? ¿No son ellas, al contrario, las que con mayor derecho pueden reclamarla? ¿No es un deber de los poderes públicos el procurarles el menos costoso y más sano y benéfico de los entretenimientos?

* * *

No suprimamos aquello que tiene una buena razón de ser. Mejorémoslo tan sólo, corrigiendo los excesos o extravíos en que haya caído.

El cambio de tarjetas en el mes de Enero tiene su razón de ser. Una persona alejada de otra por la distancia o simplemente por la situación social, ¿en qué forma más sencilla y oportuna podrá manifestarle la persistencia de su GRATITUD, aprecio, simpatía o respeto?

En materia de fórmulas sociales, no corresponde a las sociedades minúsculas el iniciar las variaciones. Lo que sea de buena crianza en las grandes sociedades cultas, es lo que nos toca hacer en Costa Rica.

En buena hora suprima usted el uso de la corbata, v. gr., para emplear en caridad secreta el producto de la economía; pero no escatime las debidas manifestaciones de gratitud negando su salud de año nuevo, tan fácil y BARATO.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

25 Dic. 1918.

El siglo XIX ha sido llamado siglo del vapor y de la electricidad; con igual razón habría podido llamarse siglo de la química, puesto que no es menos considerable la parte de esta ciencia en la revolución económica entonces producida.—P. ASTIER, interpelado en el Senado francés sobre la enseñanza técnica superior.

El desarrollo progresivo de la industria sigue paralelamente al de la ciencia misma, y las naciones en que es más intensa y mejor utilizada la producción intelectual, son las que acaban por ejercer la supremacía en el campo de la industria.—HALLER, Informe acerca de las artes químicas en la Exposición Universal de 1900.

El progreso de la humanidad está tan estrechamente ligado al pensamiento científico, considerado bajo su doble aspecto de concepción y de realización, que el uno y el otro parecen constituir como términos alternativos en la historia de la civilización.—LORD PLAYFAIR, 1885, en Aberdeen.